
*Tomás García González **

*Génesis y desarrollo del movimiento campesino en Asturias ***

INTRODUCCION

Este artículo pretende ser una contribución al conocimiento del movimiento campesino que nace, se desarrolla y se organiza en España en la coyuntura de los años setenta, marcada por la crisis del franquismo y la reestructuración del poder del Estado.

La aproximación regional al movimiento campesino español es una exigencia que viene dada por su diversidad y su pluralismo ideológico y sobre todo por su constitución sobre bases regionales (las organizaciones regionales preceden la creación de las estructuras nacionales), expresión de las fuertes particularidades de las estructuras agrarias de cada una de las regiones y nacionalidades (1).

* *Sociólogo.*

** El presente texto se apoya principalmente en una encuesta directa, acerca de cincuenta informadores seleccionados entre los principales actores del movimiento campesino asturiano, realizada en 1979-1980 por el autor del artículo para su tesis doctoral de sociología dirigida por el investigador del CNRS Jean Yvers NEVERS, y leída en 1982 en la Universidad de Toulouse (Francia), con el título: «Le Mouvement Paysan Asturien de 1965 a 1980, Transition Politique, Crise Economique et Lutttes Paysansnes en Espagne». En esta tesis encontrará el lector la argumentación de algunas afirmaciones que por razones de espacio puedan quedar aquí poco demostradas.

(1) Para una visión global de las O.P.A.S. a nivel estatal consúltese: Moyano, E., «Corporatismo y Agricultura» Serie Estudios, Instituto de Estudios Agrarios, Pesqueros y Alimentarios, Madrid 1984.

— Ag. y Soc. n.º 31 (abril-junio 1984).

Las peculiaridades del movimiento campesino en Asturias se refieren ante todo a las estructuras agrarias de la región caracterizadas por la preponderancia de la muy pequeña explotación —3 ha. de media—, y la configuración regional de las relaciones sociales: separación entre zona urbana industrializada, hoy en crisis, y un campo subequipado que concentra al 20% de la población activa regional, y que aparece como uno de los más pobres del campesinado independiente.

Sin espacio para entrar aquí en los pormenores de la cuestión agraria en Asturias (2), avanzaremos solamente que las transformaciones de su agricultura corresponden, en general, a los fenómenos de modernización, de concentración y de especialización característicos de la evolución de las agriculturas europeas. Pero toman aquí, en un contexto radicalmente opuesto, un carácter más rápido y radical: en efecto, a partir de los años sesenta asistimos a la especialización acelerada de gran parte de las sesenta mil pequeñas explotaciones familiares que componen el tejido productivo de la región, en la monoproducción lechera intensiva. Por ello, el campesinado asturiano encerrado durante años en una economía de auto-subsistencia y aislado social y culturalmente choca bruscamente con problemas cruciales que lo confrontan con las grandes empresas lecheras, los monopolios internacionales y el Estado que periódicamente fija los precios de la leche y procede a importaciones masivas de productos agrarios (3).

En esta situación de dominación se fraguan las condiciones fundamentales de la movilización colectiva del campesinado, de su integración en las luchas sociales y políticas nacionales. En Asturias, en este contexto específico, se desarrolla un movimiento campesino dividido en dos

(2) Para el detalle de la cuestión agraria en Asturias referirse al capítulo primero de la investigación que sustenta este artículo.

(3) Sobre la integración de la agricultura en el Modo de Producción Capitalista, pueden verse en particular: Gervais M., Jollivet M., Tavernier Y., (1976), «La fin de la France paysanne de 1914 à nos jours» en *Histoire de la France Rurale*, Tomo 4., París. Ed. du Seuil./ Servolin, C. «L'absorption de l'agriculture dans le mode de production capitaliste», en *l'Univers politique des Paysans dans la France contemporaine*. Cahiers de la fondation nationale des sciences politiques, 1972. París.

fuerzas antagonistas, la primera representada por una organización democrática impulsada en gran medida por un grupo activo procedente del catolicismo progresista, la otra compuesta por las fuerzas continuistas y apoyada básicamente en las estructuras heredadas del verticalismo. Sin embargo la diversidad del movimiento no se reduce a esta oposición: cada una de estas dos fuerzas reúne varios componentes. Ello permite pensar que una posible reestructuración del movimiento campesino podría realizarse en base a las opciones económicas fundamentales que tienden ya a sustituir a los antagonismos políticos e ideológicos del período de transición.

I. LA CRISIS DEL VERTICALISMO AGRARIO Y EL SURGIMIENTO DE UN MOVIMIENTO DE OPOSICIÓN

Hasta mediados de los años sesenta, a pesar del malestar que irrita al campo asturiano, las posibilidades de que dispone el campesinado para expresar su descontento son prácticamente inexistentes, por no decir nulas. A la presencia del potente aparato sindical oficial, fundado en los principios del corporativismo, se añaden las características propias de la población campesina: aislamiento cultural, influencia del catolicismo conservador..., que aseguran con eficacia un consentimiento pasivo de los campesinos.

1.1. La descomposición del sistema de encuadramiento vertical y la dinámica de las luchas campesinas

Desde principios de los años sesenta, el campo asturiano, agitado por el efecto de causas generales (consumo, costumbres...) y por la reorientación de la política agrícola del gobierno hasta entonces caracterizada por el proteccionismo, se muestra cada vez menos controlable. Este malestar campesino introduce las primeras contradicciones y conflictos en el seno de la Organización Sindical, instaurándose progresivamente en ella un clima de contestación

permanente. Sus asambleas plenarias semestrales se convierten en lugar de enfrentamientos tumultuosos entre la alta jerarquía y los presidentes de las Hermandades locales que se hacen portadores de las reivindicaciones de los campesinos.

En estas condiciones la cúpula sindical se ve obligada a adoptar una función de contestación y de reivindicación corporativista, llevando a sus órganos oficiales a hacer declaraciones de oposición a la política agrícola del gobierno y yendo incluso hasta acusarle de «abandono voluntario del campo». El signo más significativo de la profundidad de estas contradicciones en el mismo aparato sindical es la «guerra de la leche» de 1966. Es la primera gran movilización del campesinado asturiano, ejemplar, por ser única en su género —huelga de entrega de la leche—, por su duración —48 días—, por su amplitud —desencadenada en la parte occidental afecta al conjunto de la región—, y por sus consecuencias —es la primera gran experiencia de lucha colectiva y abre un período radicalmente nuevo—. Esta huelga revela el profundo malestar del campo asturiano y sobre todo las potencialidades de movilización del campesinado hasta entonces desconocidas. Pero también demuestra la capacidad de los caciques y de las instituciones del estado para canalizar las más duras luchas, y pone de manifiesto las contradicciones internas del encuadramiento económico-político del campesinado, sobre todo en lo que se refiere al rol de las Hermandades y de sus presidentes. Sin embargo la conclusión de esta huelga abre otro período de relativa desmovilización del campo, prolongado hasta 1976, por tres razones: la guerra de la leche aportó resultados económicos y de condiciones de entrega de la leche de interés considerable, «gracias a» la intervención del presidente de la C.O.S.A.* acerca de las altas esferas del Estado; por el prestigio que obtiene este último y por la forma con que supo capitalizarlo y utilizarlo para crear la C.L.A.S. (Central Lechera Asturiana) que viene

(*) Cámara Oficial Sindical Agraria.

incontestablemente a estabilizar y «normalizar» las relaciones entre los productores lácteos y el mercado; por las intervenciones multiformes (ideológicas, culturales) de este organismo que lo convierten en un instrumento particularmente eficaz para el mantenimiento y la reproducción de la hegemonía de los dirigentes verticalistas.

Sin embargo los síntomas de cambio en la estrategia del aparato vertical encuentran sus límites en su sumisión a los intereses de la gran burguesía, que lleva a sus dirigentes a paralizar la participación de los campesinos asturianos en el primer gran conflicto entre el conjunto de las regiones productoras de leche y el gobierno entre 1973 y 1974, y a proponer al gobierno precios para la leche inferiores a los reivindicados por los campesinos en 1976. Con esta última razón por detonante estalla a principios de este año la «Marcha Blanca»: un proyecto de manifestación masiva en Oviedo propuesta por la Hermandad contestataria de Pola de Siero. Esta movilización, cuyas reivindicaciones sobrepasan los intereses económicos inmediatos de los productores de leche, es apoyada masivamente por la mayoría de las Hermandades locales y por las asambleas de campesinos que toman día a día un carácter más amplio y combativo. En un primer momento la Hermandad Regional se ve obligada a apoyar el proyecto de protesta, lo aplaza después y finalmente lo paraliza, demostrando con ello que en la coyuntura política de 1976 el aparato sindical ha perdido lo esencial de sus capacidades hegemónicas. Revela su incapacidad para dirigir él mismo las luchas y para recuperarlas con resultados para él favorables como lo hiciera en la «guerra de la leche».

Finalmente, la conclusión de la 1ª salida de tractores a las carreteras de febrero-marzo de 1977, cuyas reivindicaciones, ante todo políticas, se inscriben en el conjunto de los objetivos del movimiento progresista exigiendo el desmantelamiento de las estructuras verticales agrarias y con ello la democratización del Estado, marca el golpe fatal al verticalismo al ser aceptada la C.O.A.G.* a tomar parte en las negociaciones con el gobierno.

(*) Coordinadora de Agricultores y Ganaderos del Estado Español.

Pero no hemos de subestimar la resistencia y la capacidad de maniobra de la «nueva derecha» en el poder, la creación de las nuevas Cámaras Agrarias y la constitución desde el verticalismo de un sindicato de signo «continuista» junto con las estructuras económico-políticas de encuadramiento del campesinado, le dan nuevas oportunidades para conservar su influencia en el campo.

Es en este contexto de descomposición progresiva del verticalismo agrario que las juventudes católicas rurales, a partir de 1973-1974, abren su organización a los demás grupos contestatarios de campesinos e «intelectuales» existentes en el campo asturiano.

1.2. Grupos contestatarios y surgimiento de un sindicato democrático: La Unión de Campesinos Asturianos (U.C.A.)

La crisis que sacude al aparato de hegemonía verticalista no es sino una de las manifestaciones del amplio movimiento de protesta que se desarrolla en el campo asturiano. Este movimiento, disperso en sus inicios, está presente en todas las instancias relacionadas con la agricultura y la vida rural, incluido el mismo sindicato vertical como hemos visto. La oposición que protagoniza es firme y profunda pues no se trata de reformar algunos aspectos de la Organización Sindical y de la política agrícola sino de dismantelar integralmente el aparato franquista con el fin de organizar un nuevo tipo de sindicalismo libre y democrático.

Se distinguen dos grandes fuerzas de oposición al verticalismo: los grupos de campesinos progresistas y los «colectivos intelectuales», cada uno de ellos incluyendo tendencias y tipos de actuación diversos.

a) *Los campesinos progresistas* se reagrupan en tres frentes principales:

— *el movimiento cooperativo*, está formado por grupos de campesinos que, desde los primeros años de la década de los sesenta en algunos casos, maduran ideas de coo-

perativismo por razones económicas primero —escapar en lo posible de la «sumisión a los intermediarios»—, y progresivamente como forma de oposición al cooperativismo oficial y totalitario que no deja espacio real para la intervención de los campesinos en su gestión. Las primeras cooperativas de este tipo surgen en la zona occidental de la región en 1967-1968, con grandes dificultades no solo económicas sino también y sobre todo por la contrapropaganda de que son objeto por parte de los caciques locales que se aplican en crear un estado de desconfianza en los campesinos hacia sus promotores, catalogándolos de «comunistas» y de «agitadores peligrosos».

La creación de estas cooperativas que implica y se acompaña de una amplia labor de concienciación de los campesinos ante las situaciones de «injusticia» que asfixian al campo, jugó y juega aún un papel muy importante en la apertura de los campesinos a las formas de acción colectivas y organizadas, sentando así las primeras piedras concretas y sólidas de un movimiento campesino libre (4).

— *Los campesinos politizados.* A medida que el malestar crece en el campo, los partidos de izquierdas, que hasta entonces habían concentrado su actividad clandestina en la zona industrial, muestran un progresivo interés por lo que está pasando en el campo. El P.C.E. basa su actividad en algunos viejos militantes muy localizados en las zonas central y oriental logrando en algunos municipios desplegar una actividad propagandística y la cohesión de un grupo propio de campesinos bastante amplio que está presente en los primeros encuentros tendentes a unificar el movimiento. También ejerce este partido una influencia considerable sobre algunos grupos campesinos promotores de cooperativas democráticas.

Los partidos P.T.E. y M.C. realizan una actividad importante de denuncia política y de impulsión de los campesinos a la revuelta. En casos aislados logran una audien-

(4) Sobre la importancia de las cooperativas como base material de una hegemonía local muy interesante consultar: Berger Suzanne, (1975) «Les paysans contre la politique», Col. l'Univers Historique, Ed. Seuil, Paris.

cia considerable y consiguen captar algunos militantes campesinos jóvenes, muy activos e influyentes.

El P.S.O.E. no interviene en este momento de la historia rural asturiana por estar, en tanto que fuerza organizada, prácticamente ausente del campo.

En definitiva se puede afirmar que los campesinos miembros de partidos han jugado un papel importante, pero no decisivo, en la constitución del movimiento campesino, y ellos mismos lo reconocen. Constituyen de todos modos un componente ineludible de su formación.

— *Los elementos progresistas en el seno del aparato vertical.* Como ya hemos visto la Hermandad de Labradores no se libró de la contestación. Si en un principio los campesinos «contestatarios», presidentes de Hermandades Locales, eran recuperados o apartados, a medida que se agrava la situación agrícola y que el miedo a hablar es suplantado por la reprobación campesina directa, algunos representantes campesinos logran imponer reivindicaciones puntuales aportando un soporte importante a las luchas llevadas en los pueblos. Por ello fueron posibles movilizaciones tan significativas como la «guerra de la leche» y la «marcha blanca». Esta oposición en el seno del aparato tomó en ocasiones la forma de luchas internas por el poder y fueron pocos los miembros que posteriormente se comprometerían en el nuevo movimiento de los campesinos. Sin embargo el papel contestatario del conjunto de la Hermandad de Pola de Siero, por ejemplo, y la disidencia de su presidente en particular fue un elemento decisivo del fracaso del aparato vertical y del éxito del movimiento campesino autónomo.

b) *El rol catalizador de los «intelectuales».*

Bajo est econcepto se engloba aquí a todas las personas, grupos u organizaciones no campesinas que contribuyen a la formación del movimiento campesino.

— *La juventud universitaria,* con un colectivo de estudiantes de origen rural, crea en la Universidad de Oviedo un «grupo de trabajo, de estudio y de apoyo al movi-

miento campesino». Estos estudiantes intentan colaborar en las luchas rurales básicamente con algunos trabajos económicos con la finalidad de dar un contenido teórico a las reivindicaciones campesinas. También mantienen reuniones en los pueblos con grupos de agricultores, cooperativistas principalmente. Los promotores de este grupo, miembros del P.C.E., se constituyen en el «Seminario Asturiano de Estudios Rurales» y tras un intento frustrado de crear un sindicato campesino propio, algunos de sus miembros participan en la creación del movimiento sindical democrático. Sus textos teóricos parecen haber marcado significativamente (en sentido marxista) las primeras declaraciones escritas en U.C.A.

— *Los profesionales* progresistas presentes en el campo y ligados en su mayoría al aparato del Estado: médicos, técnicos agrícolas, maestros y profesores..., se implican en el movimiento campesino naciente y colaboran en su organización y extensión, algunos de ellos lo hacen con consecuencias muy significativas. Notemos además que la llegada al campo de estos profesionales jóvenes en su mayoría, progresistas y ante todo deseosos de «hacer bien su trabajo», de establecer «relaciones sencillas» con la población y de romper de este modo con los abusos y actitudes de superioridad y las relaciones de dominación que sus predecesores habían impuesto en el campo bajo el régimen franquista (principalmente en el campo de la salud), ha contribuido enormemente al «despertar» de los campesinos y al desarrollo de su actitud contestataria.

Por otro lado se ha de tener en cuenta que las primeras formas de organización de los campesinos, aunque integradas y encuadradas por funcionarios del Ministerio de Agricultura que no siempre eran progresistas, facilitaron los encuentros entre campesinos iniciándolos en la práctica de las reuniones. Se constata que estas estructuras de carácter estrictamente técnico, puestas a la disposición de los campesinos, son con frecuencia utilizadas como lugar de contestación y, en la medida en que parte importante de los profesionales que imparten las enseñanzas técnicas son progresistas, se refuerza aun más su tendencia a la transformación de estos espacios en focos de oposición a

la política agraria primero y después al mismo sistema franquista totalitario. Así pues el encuadramiento técnico de ideológico se convierte en escuela de sindicalismo libre.

— *Los curas jóvenes* destinados a las parroquias rurales en el período 1970-1975, previa toma de conciencia social y política por su contacto con el medio, utilizan con frecuencia todos los instrumentos a su alcance —boletines parroquiales, homilías, locales de la iglesia y también su estatus social y su relativa inmunidad política—, para concienciar a los campesinos de las injusticias que les oprimen y de la necesidad de organizarse y actuar. La presencia del «cura» en las reuniones clandestinas actúa como revulsivo eficaz ante las fuerzas de la represión en los momentos más difíciles, como antídoto contra la propaganda montada por los caciques locales y contra el «fantasma del comunismo». Es fácil imaginar que, en una sociedad rural impregnada de catolicismo tradicional, la cuña introducida por los curas progresistas en este sistema de dominación sutil tiene unas repercusiones decisivas tanto por la actividad que desarrollan como por lo que ellos mismos representan.

— *La juventud católica de la JARC* participa en el movimiento campesino impulsándolo a través de sus militantes más activos y abriéndole las puertas de su estructura organizativa. La JARC será durante los cinco últimos años del franquismo la «cobertura ideal» de la contestación campesina, sirviendo además como centro de acogida, de coordinación y de unificación de sus diferentes componentes (5).

Este movimiento juvenil, que ya anteriormente (hasta 1968) había conocido un auge considerable desarrollando y difundiendo una ideología progresista entre los jóvenes basada en el análisis de la situación económica del sector y mediante la promoción de la idea del cooperativismo y

(5) Para un acercamiento comparativo con la intervención católica en el movimiento campesino francés (JAC: Jeunesse Agricole Catholique) ver: Hervieu B. y Vial A. (1972) «L'Eglise catholique et les paysans» en *l'Univers politique des paysans*, A. Colin, Paris. / Barres Danielle y otros, *la JAC et la modernisation de l'Agriculture*, Paris, INRA, 1980.

de las explotaciones comunitarias, sufrió en 1970 un «frenazo» decisivo por parte de la jerarquía católica que la reduce a una estructura prácticamente vacía. Pero la situación crítica del campo en aquel entonces y el descontento campesino reinante permiten a esta organización recuperar todas sus capacidades.

Incontestablemente la JARC jugó un papel capital en la creación del movimiento campesino asturiano por tres razones: su carácter confesional le permite en período de clandestinidad beneficiarse de cierta tolerancia; su carácter organizado con estructura sólida; y las características de su acción ideológica que desarrolla una pedagogía de la «concienciación» del campesinado basada en los problemas concretos de la vida cotidiana en el campo y los sentimientos religiosos unánimemente compartidos pero utilizados hasta entonces por el clero conservador.

Esta estructura organizativa con que contribuye la JARC desde 1974 facilita el conocimiento mutuo entre los diferentes componentes de la contestación campesina. Permite la celebración de un gran número de reuniones de coordinación a nivel local y provincial, exentas de todo carácter confesional, que tienen por fin madurar conjuntamente la idea de la creación de un órgano campesino autónomo y de consensuar su estrategia futura.

En 1976, tras el análisis de las causas del «fracaso» de la «marcha blanca» y habiéndose ya sumado al movimiento el presidente de la Hermandad local de Siero se considera que ha llegado el momento de lanzar la Unión de Campesinos Asturianos.

En efecto todas las condiciones estaban ya reunidas: incapacidad del verticalismo para representar los intereses de los campesinos; crisis del campo y fuerte presión de la base; existencia de grupos de protesta sólidos y coordinados; estructura organizativa con responsables disponibles, etc... Existe además el precedente de Cataluña donde la Unió de Pagesos se desarrolla con éxito en la ilegalidad desde 1974. Respaldada por tal concurrencia de factores favorables U.C.A. aparece públicamente en el mes de septiembre de 1976, en Oviedo.

Avancemos ya que el hecho de que el movimiento campesino se haya desarrollado bajo los auspicios de la corriente católica progresista será uno de los datos esenciales para comprender algunas de las dificultades y contradicciones que surgirán inmediatamente antes y después de la creación de U.C.A. en la nueva coyuntura política creada por la muerte de Franco.

II. U.C.A.: ORGANIZACION Y ESTRATEGIA

Desde su aparición pública, U.C.A. se afirma rápidamente como la primera organización campesina de la región. Por la amplia audiencia que adquiere se puede decir que constituye la única alternativa real al aparato verticalista en la coyuntura de la democratización.

También desde sus inicios se manifiestan en esta organización tres tipos de problemas: de organización, de estrategia y de relación con los partidos políticos. Estas dificultades son sin duda comunes a toda organización sindical campesina, pero adquieren en Asturias una dimensión propia por las características de su cuestión agraria, por la coyuntura política del momento y por la situación de crisis económica general. Estos problemas nos servirán de hilo conductor en el análisis de esta organización.

2.1. U.C.A. como arena política

La cuestión de la relación entre U.C.A. y los partidos políticos de izquierdas, en particular P.C.E., P.S.O.E., y los partidos minoritarios a su izquierda, dominó los primeros años de la existencia del nuevo sindicato. En las condiciones de la democratización y la salida de la clandestinidad de los partidos, U.C.A., como el conjunto de los movimientos sociales de todo tipo, fue objeto de estrategias partidistas tendentes a controlar o a asegurar una posición de fuerza en su dirección. Los partidos de izquierdas a pesar de su implantación limitada en el campo y de haber jugado un papel secundario en el surgimiento del mo-

vimiento campesino, tienen una influencia real sobre los militantes campesinos más activos. Cuando éstos son legalizados y en la perspectiva de las primeras elecciones democráticas los intentos de conquistar la organización dan lugar a enfrentamientos muy duros que se explican ante todo por la tendencia decididamente «independentista» de la mayoría de los militantes y de los dirigentes formados por la JARC; actitud que también es la expresión de una característica fundamental de la cultura campesina para quien la política es algo ajeno y «malo» por principio.

La actitud del P.C.E., que sobrevalorando sus capacidades había hecho un intento de adelantarse a U.C.A. creando su propio sindicato, se caracteriza en un primer momento por el «entrismo» intentando tomar la dirección del sindicato apoyándose en el grupo de Grado y en los técnicos de SADER. Esta estrategia suscitó un gran malestar en U.C.A., su consecuencia más inmediata fue la expulsión de su secretariado del militante comunista más activo, y posteriormente la retirada de confianza a los técnicos del partido.

Finalmente tras un intento de constituir una fracción escisionista, el P.C.E., apreciando de forma más realista su verdadera relación de fuerzas y sus sucesivos fracasos, aunque acepta difícilmente su postura «independentista» reconoce a U.C.A. como sindicato independiente, «partenaire» autónomo de las fuerzas progresistas.

La estrategia del P.S.O.E. con relación a U.C.A. pasa sobre todo por la captación de un líder campesino, contestatario destacado en el sindicato vertical y miembro fundador de U.C.A. Basándose en su enorme popularidad y éxito electoral los socialistas pretenden implantar la F.T.T.-U.G.T., pero este líder, que mantiene sólidos compromisos con U.C.A., hace abortar este intento divisionista. Este partido desarrolla entonces una campaña de descrédito contra U.C.A.; le atribuye relaciones con la derecha, critica su carácter assembleista, y abandona el trabajo sindical en su seno. Posteriormente los socialistas no pueden sinó reconocer su incapacidad de montar su propio órgano sindical sin arriesgarse a perder una parte importante de su

electorado, y tienen que reconocer a U.C.A. como única alternativa sindical para el campo asturiano.

Recordemos que las amenazas de U.C.A. de responder con la creación de un Partido Socialista Agrario han podido tener un peso importante en esta decisión.

La presencia de los partidos de extrema izquierda en U.C.A. se justifica por el hecho de que este sindicato agrupa a los campesinos más conscientes y combativos susceptibles algunos de participar de la idea de un sindicalismo revolucionario y de la idea de la alianza de los campesinos con las demás clases explotadas (6). Sus militantes trabajan dentro de una línea de unidad sindical para llevar al movimiento a definir una estrategia claramente anticapitalista y a cerrar la puerta del sindicato a las tendencias corporativistas. Aunque la presencia de estos partidos no suscitó conflictos abiertos, se produjeron sin embargo tensiones importantes con los dirigentes más «independentistas» del sindicato y existe hoy en sus militantes un cierto desánimo por considerar que la evolución ideológica de U.C.A. se va alejando cada día más de sus planteamientos y que su colaboración técnica es a veces recibida con recelos injustificados.

«La línea independentista»: La actitud de desconfianza y hasta de hostilidad del campesinado hacia la política, es un dato básico para comprender la línea «independentista» y a veces «anti-partidista» que prevaleció en U.C.A. y a la que se adhirieron la mayor parte de sus militantes incluidos algunos afiliados a partidos. Por ello los dirigentes del sindicato, que comparten con los partidos de izquierdas sus orientaciones anti-franquistas y anti-monopolistas, basan su estrategia para mantener la autonomía sindical en dos objetivos fundamentales: la voluntad de promover un funcionamiento del sindicato fundado en la asamblea y la democracia de base en franca ruptura con el caciquismo y el burocratismo, objetivo que se conecta con el ideal del catolicismo de izquierdas donde prevalece el «respeto

(6) Sobre sindicalismo revolucionario y condiciones de la alianza campesinos-obreros ver en particular: Lambert B. «Les paysans dans la lutte de classes» (1970) Ed. Le Seuil. Paris.

por la persona humana». Pero su principal argumento es que solamente un sindicato autónomo con relación a los partidos es capaz de organizar y de movilizar al conjunto de los campesinos y de mantener el carácter unitario y de masas del movimiento. Se trata en definitiva de conservar un sindicato «supra-partidista» y unitario, habida cuenta del peso de las tradiciones ideológicas y culturales del campesinado (que se refieren por un lado a su condición de pequeño propietario y por otra a los efectos de la propaganda de los aparatos ideológicos del Estado y de la Iglesia) y de su idea confusa de «la política» donde efectivamente coexisten paradójicamente posiciones electorales de derechas y actitudes «anti-capitalistas» y sentimientos de hostilidad hacia el Estado.

U.C.A., amparándose en estas contradicciones, pretende que «lo importante es luchar contra las injusticias y no hacer grandes declaraciones ideológicas». Efectivamente estos conflictos anteriores, en que los partidos P.C.E. y P.S.O.E. demuestran más prisas que delicadeza, aunque fueron finalmente resueltos en el sentido de autonomía y de la unidad sindical, frenaron considerablemente el auge del movimiento reforzando los sentimientos tradicionales del campesino y acaparando un espacio demasiado amplio en un momento en que U.C.A. tenía que estructurarse, ampliar su implantación, definir una estrategia y objetivos de acción sobre nuevas bases.

En la medida en que U.C.A. sigue siendo «arena política», cabe preguntarse si sabrá esta organización defender en el futuro sus principios de autonomía afrontando las nuevas estrategias políticas más sutiles, en una coyuntura más estable pasadas las urgencias por conquistar al campo. En esta línea se constata que desde principios de 1980 los socialistas consolidan progresivamente sus posiciones en U.C.A.

La evolución futura de las relaciones de fuerza de U.C.A. con el P.S.O.E. y también con el P.C.E., dependerá sin duda de las orientaciones estratégicas del sindicato: clarificación de objetivos y posiciones ideológicas, principalmente en lo relacionado con las reformas estructurales que implicará la entrada en la C.E.E.

2.2. U.C.A., las dificultades de organización, de dirección y de militantismo

Los promotores de U.C.A., progresistas y anti-franquistas toman por objetivo básico la constitución de un sindicato «de clase» independiente y unitario con una insistencia particular sobre el funcionamiento democrático de la organización, sobre las prácticas de la democracia directa y sobre la revocabilidad de los representantes.

Con estos principios, unidos a un análisis crítico de la cuestión agraria claramente anti-monopolista, sus fundadores pretenden desmarcar inequívocamente a U.C.A., no sólo del tipo de organización corporativista, burocratizada y clientelista que representaba el sindicalismo vertical, sino también de las organizaciones políticas y sindicales obreras clásicas que consideran demasiado piramidales y en las que «al obrero todo le cae de arriba».

Sus estatutos provisionales afirman el carácter soberano de cada unión local e insisten en la necesidad de fomentar la práctica de las asambleas a todos los niveles para analizar colectivamente los objetivos a perseguir y las acciones a realizar. Su secretariado regional es más un órgano coordinador que de dirección.

Sin embargo U.C.A. encuentra serias dificultades para poner en pie las estructuras locales y los modelos de funcionamiento previstos por los estatutos. Su secretariado regional elegido provisionalmente para conducir a la organización hasta el primer congreso, choca desde sus inicios con: la pasividad de la mayoría de los campesinos que, fuera de los momentos fuertes, no se muestra espontáneamente asamblearia; los conflictos entre partidarios de la autonomía y partidistas; y con la lasitud que se ampara de los miembros del secretariado regional debido a todos estos problemas y al sacrificio que supone para ellos acudir a las reuniones del secretariado (distancias y tiempo libre).

Todo ello explica que no se produzca el reparto de responsabilidades previsto, que se tienda a una cierta transferencia de poder hacia el «equipo técnico», que se aplase repetidas veces el congreso (hasta 1983) y que en conse-

cuencia la vida del sindicato se vea comprometida y se salve con demasiada frecuencia gracias al voluntarismo de algunos de sus promotores.

Estas dificultades de dirección, esta ausencia de acción continuada y organizada hacen que el problema de la formación de responsables y de militantes no haya sido resuelto y ni tan siquiera abordado con seriedad. En esta situación, U.C.A. no pudo sacar el máximo provecho del éxito de la gran oleada de adhesiones que acompañó su creación. La insuficiencia del número de responsables bien formados susceptibles de animar los grupos locales se manifiesta con gravedad cuando una gran parte de los que dispone la organización a nivel local es absorbida por otras actividades en las Cámaras Agrarias, en los ayuntamientos y en las cooperativas. Evidentemente esta dispersión de militantes se hace en detrimento de la vida del sindicato que por otro lado obtiene escasos beneficios de su presencia en estos organismos. Para algunos militantes las nuevas actividades representan un sucedáneo del sindicato o una forma de huida ante la incapacidad de organizarlo eficazmente. Se observa pues una crisis de identidad provocada por la ausencia de una organización estable, estructurada, con estrategia definida que hace ver a U.C.A. como algo inconsistente e indiferenciado del medio: «U.C.A. son todos los campesinos».

Aunque es indiscutible que en el medio rural el militantismo sindical reviste unas dificultades específicas (dispersión geográfica, obligaciones del trabajo, ausencia de tradición histórica...) a las que se añade un pasado de sumisión y de dirigismo, que impregnó al campesinado de una ideología pragmática y de tradiciones culturales que constituyen un verdadero obstáculo para la creación de una organización sindical democrática, no se trata sin embargo más que de un aspecto de un problema más complejo en la medida en que confluye con la cuestión de los conflictos de U.C.A. con los partidos y con la cuestión de su estrategia que ahora vamos a analizar.

2.3. Las ambigüedades de la estrategia sindical

La Unión de Campesinos Asturianos, que se define como una organización de defensa de la explotación familiar y ello en el marco del capitalismo, tiene que afrontar el difícil problema de la elaboración de una estrategia y objetivos a largo plazo que respondan a los intereses colectivos del conjunto de los agricultores.

El sindicato se encuentra ante una alternativa delicada: optar por una estrategia de cogestión de la política agrícola con el Estado, o desarrollar actividades más radicales al margen de éste; o dicho de otro modo: ¿hay que oponerse, frenar, acompañar o acelerar el proceso de «modernización», de crecimiento de la productividad, de concentración, que conduce a la eliminación de una fracción cada vez más amplia del campesinado, es decir la base social del movimiento sindical? ¿Existe otra vía para el campesinado? Este asunto decisivo que se planteó al sindicalismo francés, por ejemplo, a finales de los años 50 reviste en Asturias una complejidad extrema.

La situación particular de Asturias, donde dominan masivamente las muy pequeñas explotaciones y la reorientación de la política agrícola española en torno al proyecto de integración en la C.E.E. en una coyuntura de crisis económica particularmente grave que obstruye la «válvula de escape» que constituían el éxodo rural y la emigración, explican las dificultades y la importancia de lo que representa la elaboración de una línea sindical.

En un primer momento (1976-78) U.C.A. aparece, aunque con muchas ambigüedades, como un sindicato «de clase», defensor de la explotación familiar y progresista, en franca ruptura con las estructuras sindicales franquistas en cuya oposición clandestina tomó sus raíces. Su análisis crítico de los mecanismos de integración, de dependencia y de explotación del campesinado no se prolonga sin embargo con la formulación de la exigencia de un cambio de sociedad; evoca simplemente la «construcción de una sociedad más justa», y no se encuentran en sus textos alusiones claras a objetivos globales que apunten a las bases mismas

de esa explotación, ni siquiera en la esfera de las actividades agro-alimentarias dominadas por los bancos y las grandes empresas nacionales y multinacionales. Y aunque en sus «bases programáticas», U.C.A. reivindica un «control de la producción, de la transformación y de la comercialización de los productos agrícolas, una planificación de la producción a nivel del Estado y de la región...», no son precisadas las modalidades prácticas de estos cambios. La cuestión de la «reforma agraria» también aparece en términos poco comprometidos. Su confuso análisis crítico, se puede calificar de anticapitalista y anti-monopolista, y aunque pueda atribuirse más a un discurso ideológico que a una estrategia real, es un componente importante de la toma de conciencia y de la formación de los militantes, por las consecuencias que puede tener sobre su posición personal en las luchas y sobre su evolución posterior, al tiempo que ofrece un marco coherente a su estrategia de resistencia «corporatista» (desarrollada principalmente en su primera etapa hasta 1979-80) orientada ante todo a la reivindicación de una remuneración satisfactoria del trabajo de los agricultores.

Esta estrategia centrada en una «política de precios» encierra todas las contradicciones que atraviesan al campesinado, puesto que, siendo un elemento esencial de unificación, de agrupación y de solidaridad para todos los agricultores es a la vez factor de profundización de las diferenciaciones internas del campesinado por sus efectos diferenciales sobre las capacidades de producción de las explotaciones en función de su nivel de productividad.

Consciente sin duda de esta dificultad pero también de los conflictos que surgirían de plantear una política diferencial de los precios (favorable a los pequeños productores), U.C.A. no formuló nunca oficialmente tales objetivos. U.C.A. se limita a determinar sus exigencias reivindicativas en materia de precios en función de la reproducción simple de las explotaciones más pequeñas. Este objetivo demuestra una toma en consideración de los intereses inmediatos y vitales del pequeño ganadero, en cambio beneficia claramente a las explotaciones más importantes.

El análisis de la evolución de U.C.A., (aún en un corto período de tiempo) revela una progresiva subordinación del objetivo «precios justos y rentables» al de una «política de estructuras»: es decir la adaptación de las explotaciones a las condiciones del mercado, su modernización, su mayor productividad. Si esta tendencia se confirmara y estabilizara asistiríamos aquí de algún modo, en una coyuntura muy corta y muy diferente, al giro vivido por el movimiento campesino francés en los años 60 al imponerse la línea del «Centro Nacional de Jóvenes Agricultores», (C.N.J.A.), punta de lanza de la reorientación de la estrategia (política de ajustamiento de los precios) defendida por la F.N.S.E.A. hasta los años 50 (7).

A partir de 1978-79, cuando la entrada de España en la C.E.E. se convierte en objetivo prioritario en la escena política española, U.C.A. se ve abocada a precisar su postura. Y si en un principio existía un consenso claro anti-C.E.E., hoy sus juicios son más matizados. En efecto: el estado de ánimo favorable a la entrada en el Mercado Común de la opinión pública, incluidos los campesinos pobres, la determinación de la izquierda parlamentaria en favor de la adhesión (cuyos partidos particularmente el P.S.O.E. a partir de 1980 adquirió buenas posiciones en la C.O.A.G. e incluso en U.C.A.), y las declaraciones resueltamente favorables de la C.O.A.G. (en la que las «uniones» representantes de las regiones productoras de leche tienen un peso escaso) conducen a U.C.A. a considerar la entrada en la C.E.E. como una especie de fatalidad ineludible.

Al igual que la C.O.A.G., U.C.A. exige del poder medidas estructurales previas a la adhesión, al tiempo que mantiene su rechazo categórico a los proyectos del gobierno para crear explotaciones competitivas («estatuto de la leche»).

(7) Con relación a la evolución seguida por el sindicalismo agrario francés: Barral P. (1968) «Les agrariens français de Méline a Pisani», Cahiers de la Fondation Nationale des sciences politiques, n° 164, Ed. A. Colin. Paris. Tavernier Y. (1969) «Le syndicalisme paysan, F.N.S.E.A., C.N.J.A.» Presses de la fondation nationale de sciences politiques, travaux et recherches de science politique. Etudes syndicales 5. Paris.

Cuando U.C.A. elabora a principios de 1981 un programa de reformas (Plan Agrario para Asturias) como base de negociación con las instituciones regionales en la perspectiva de la elaboración de una política regional, el sindicato plantea «la necesidad de ser competitivos ante la entrada probable en la C.E.E.» y «la necesidad de mantener el empleo en el campo»: dos exigencias frontalmente antagónicas (si nos referimos a las experiencias de otros países).

Estas serían las líneas generales de la estrategia planteada por la fracción mayoritaria de U.C.A.: «productivismo» ambiguo y contradictorio. Pero existe un debate interno en U.C.A., donde una corriente minoritaria, bien representada en las «uniones locales» de la parte más occidental de la provincia, propone objetivos combativos de defensa de la fracción más pobre del campesinado, critica las orientaciones productivistas del «plan agrario» que «no se diferencian de las medidas proclamadas por el gobierno» y exige una reforma agraria real y una política diferencial de precios. Esta tendencia importante por cuanto pueda representar en un futuro, tiene un peso limitado pero una influencia real sobre la línea oficial del sindicato.

La tendencia mayoritaria, en cambio, parece recibir el apoyo de la fracción del campesinado más joven, más abierta a la modernización y más directamente confrontada con las estrategias de las grandes empresas internacionales y con las orientaciones de la política estatal. También es, en consecuencia, la fracción más implicada en las luchas y en la acción sindical.

De este punto de vista el «espectáculo» de la «tractorada» de 1978 es ilustrativo de las bases campesinas que corresponderían a estas dos tendencias, y de las desigualdades y diferenciaciones que atraviesan al campesinado asturiano: el tractor grande, el pequeño y la ausencia de tractor son signos inequívocos de diferencias respecto a la modernización y a las motivaciones ante las reivindicaciones. Así pues, en el contexto de la agricultura asturiana, U.C.A. sumándose a una movilización nacional bajo el símbolo del «tractor» hace de la capa, minoritaria pero combati-

va, de agricultores «modernistas» el protagonista del movimiento.

2.4. U.C.A. en la C.O.A.G., de la autonomía al «seguidismo»

En las relaciones de U.C.A. con la C.O.A.G., en cuya creación participan sus promotores desde marzo de 1976, se distinguen dos etapas: en la primera U.C.A. mantiene una clara autonomía, buscando que prevalezcan los intereses de los ganaderos y de los productores de leche por medio de luchas abiertas. La influencia del P.C.E. en la C.O.A.G. y la entrada de esta última en la estrategia del consenso político (la C.O.A.G. se opone a convocar la tractorada de 1978 para no importunar a los militares) son elementos que potencian la tendencia «autonomista» de U.C.A.

Sin embargo en el curso de 1978 las dificultades que encuentra U.C.A. para estructurar su organización, para resolver los conflictos internos y para movilizar al campo a partir de la «tractorada», inclinan al sindicato a apoyarse cada vez más en la C.O.A.G. para decidir sus acciones y reivindicaciones.

No se trata sin embargo de un seguidismo sin fallas puesto que U.C.A. mantiene serias discrepancias con la Coordinadora. Con el fin de hacer prevalecer los intereses específicos de los ganaderos, U.C.A. toma la iniciativa, desde principios de 1978, de crear la «Coordinadora de Sindicatos Democráticos del Campo de la Cornisa Cantábrica», para establecer en el seno de la C.O.A.G. una relación de fuerzas más favorable a las regiones productoras de leche. Esta Coordinadora, compuesta por 9 «uniones» regionales, todas relativamente débiles y con peso marginal en la C.O.A.G., consigue mejor que esta última, unificar a toda las «uniones» del sector (algunas «uniones» vascas y gallegas se oponen al «centralismo» de la C.O.A.G.) sobre la base de una identidad de problemas; pero la debilidad relativa de todas ellas opone serias dificultades a su funcionamiento y continuidad encontrándo-

se pronto perfectamente integrada en la Coordinadora Nacional. El «seguidismo» de U.C.A. se acentúa de forma tanto más grave cuanto que interviene en el preciso momento en que se decide el futuro de la agricultura asturiana.

Cuando en marzo de 1980 la C.O.A.G. ratifica su «sí» deliberado a la integración en la C.E.E., U.C.A. «encaja» la decisión reaccionando negativamente pero sin provocar en el secretariado, ni en la base, un amplio debate sobre el tema.

En realidad lo que está en juego fundamentalmente en la relación de U.C.A. con la C.O.A.G. es la cuestión de su estrategia sindical y de sus orientaciones programáticas en relación con los intereses específicos del sector agrícola que representa.

2.5. Sindicato y luchas campesinas

La verdadera significación y alcance de las formas organizadas y estructuradas del movimiento campesino debe ser apreciada a través de su capacidad para movilizar al campesinado y dinamizar sus luchas, y no solo en las grandes movilizaciones regionales sino también en la actividad cotidiana entorno a todos los problemas que afectan al campesino.

Desde la creación de U.C.A. hasta hoy se aprecian dos fases claramente diferenciadas: en la primera, durante los años de intensa movilización, 1977-78, U.C.A. juega un papel incontestablemente dirigente. Apoyado en numerosos colaboradores el joven sindicato aparece como la punta de lanza de la unidad del campo contra las «injusticias». Las reivindicaciones del momento son prioritariamente de carácter político, por la libertad sindical y el desmantelamiento del verticalismo. La segunda fase está marcada por la desmovilización y la ausencia de nuevas luchas masivas. Este período se abre tras la «tractorada» de 1978 en que la ausencia de satisfacción de las reivindicaciones, la ruptura de las fuerzas democráticas (ni la izquierda mayorita-

ria ni la C.O.A.G. apoyan), y los conflictos abiertos entre los diferentes responsables de U.C.A., convergen para convertir esta gran movilización en un fracaso de difícil superación.

En este contexto los responsables de U.C.A., aislados entre una base desmovilizada y una situación política nacional dominada por la estrategia del consenso, desarrollan un programa reivindicativo que se aproxima a la acción corporatista clásica tendiendo al «seguidismo» con relación a la C.O.A.G.

Pero la actividad de U.C.A. no se limitó a promover estas movilizaciones generales. Su secretariado regional y sus militantes en la base desplegaron todo un conjunto de actividades, menos espectaculares pero más continuadas, de gran importancia para que el movimiento sindical asegure sus relaciones con la base campesina y mantenga vivas sus capacidades para promover acciones masivas en los momentos de enfrentamientos directos con el Estado.

Sus campañas de sensibilización en torno al precio de la leche, la sanidad, la Seguridad Social Agraria, los arrendamientos, los montes comunales, el Estatuto de la Leche, las Cámaras Agrarias..., son un factor importante de politización de los campesinos por ir dirigidas directamente contra el Estado.

Por otro lado, con su implicación en las elecciones municipales (8) «para desplazar a los eternos caciques», y en las de Cámaras Agrarias «para saber lo que pasa dentro» y no dejar las manos libres a la derecha; con el fomento del cooperativismo democrático y su consolidación en una Unión de Cooperativas, aunque por diversas razones no se pueda hacer un balance totalmente positivo de esta estrategia, U.C.A. contribuyó a desbloquear la situación de desánimo y a relanzar la actividad en el campo.

Igualmente, la importancia y el número de textos y pro-

(8) Sobre la relación campesino-poder local, consultar: Bages R., Nevers J.Y. (1978) «Les agriculteurs et le pouvoir local», en Les cahiers français (Le Monde Pay-san) n.º 187. Paris.

yectos elaborados por U.C.A., independientemente del análisis que se pueda hacer de su contenido, muestra indiscutiblemente la madurez de su trabajo de reflexión.

La ampliación del campo de acción sindical al conjunto de los problemas de la vida rural ha contribuido de forma decisiva al enraizamiento de U.C.A. y al reconocimiento de su representatividad real. Demostrando sus capacidades para traducir las necesidades e insatisfacciones de los campesinos U.C.A. funcionó realmente no sólo como un sindicato reivindicativo sino también como una organización «contra-hegemónica» frente a los caciques y a la derecha en general pero también frente a los partidos políticos compitiendo con ellos en su propio terreno.

Esta estrategia no está sin embargo exenta de ambigüedad; en ocasiones suscitó comportamientos de sus miembros elegidos próximos al caciquismo contribuyendo a reproducir las relaciones de poder características de la relación campesinado-notables, en contradicción con los principios assembleístas proclamados por U.C.A. Su explicación vendría dada por el carácter joven de la organización que no dispuso de tiempo y de clarificación suficientes para prevenir estos efectos «perversos».

2.6. La implantación sindical de U.C.A.

Una aproximación a la implantación de U.C.A., a su influencia real, su impacto y su capacidad para movilizar al campesinado nos permite constatar:

— La ausencia de tradición histórica: la comparación de la implantación sindical pre-franquista con la actual no permite hacer acercamientos significativos. Los años de franquismo parecen haber remodelado completamente la configuración ideológica y política de la región (9).

(9) Para una información sobre el sindicalismo agrario asturiano anterior al franquismo, consúltese: Fernández B. Girón J. (1976), «Aproximación al sindicalismo agrario en Asturias, 1906-1923» en la Cuestión Agraria en la España contemporánea, pág. 151-199 de García Delgado J.L., Cuadernos para el diálogo. Madrid.

— La ausencia de relación evidente entre voto de izquierdas en los comicios electorales nacionales y la implantación de U.C.A. Al contrario las zonas de fuerte implantación de U.C.A. (y también de S.A.D.A.) corresponden con orientaciones mayoritariamente conservadoras. Esto indica que, en lo que concierne a U.C.A., la referencia a una ideología política de izquierdas no siempre constituye un elemento pertinente de desarrollo de un sindicalismo progresista. No obstante se ha de señalar que el grupo dirigente está compuesto por hombres progresistas.

— Existe una fuerte correlación entre el nivel de implantación del movimiento sindical democrático y las características socio-económicas del campesinado (10). Es principalmente el campesinado joven, «modernista», integrado en el mercado y con posibilidades de reproducirse el que se implica en el movimiento sindical y se muestra combativo en las luchas. Los agricultores capitalistas están ausentes de U.C.A. y los más pequeños y tradicionales están mal representados; dada la posición marginal de estos últimos que los condena irremisiblemente a desaparecer, no sienten la necesidad de defenderse. No se puede, sin embargo, establecer una relación mecánica entre la situación de los agricultores y su compromiso sindical. En efecto se observa en algunos casos un sindicalismo activo sin que se pueda relacionar con condiciones favorables para ello. Las razones de estas desviaciones deben ser buscadas en la presencia o ausencia de diversos elementos activos de organización y dinamización; en particular: presencia de personalidades, de líderes, de cooperativas..., que jugaron un papel preponderante en el surgimiento del movimiento sindical democrático.

Para dar algunos elementos más cuantificadores diremos que su efectivo de militantes se aproximaba en 1980 a 4.000, con una cierta tendencia a incrementarse a partir de este año. Esta cifra representa un decremento importante respecto a los 6.000 asociados de la época de reclu-

(10) Sobre este tema se puede consultar: Bages, R. (1972) «Le syndicalisme agricole et les paysans du Sud-Ouest» en l'Univers Politique des Paysans. A. Colin, Paris.

tamiento masivo (1977-1978). Señalemos que este descenso sensible de la adhesión no tiene sino una importancia relativa. En ningún momento esto supuso una huída de los militantes hacia otras formaciones sindicales. El fenómeno confirma los análisis anteriores referentes principalmente a las dificultades internas y de organización de U.C.A. También responde a causas coyunturales que afectan al conjunto de las organizaciones sociales del país.

U.C.A. está presente, a través de sus militantes y de su órgano de prensa, en 37 de los 78 municipios asturianos; se trata de los municipios más poblados y de actividad agrícola dominante.

En las elecciones a Cámaras Agrarias y municipales, U.C.A. obtiene un éxito relativo. Sus vacilaciones respecto a la conveniencia o no de presentarse a estos comicios y la ausencia de una línea definida por su Secretariado Regional limitó sin duda las posibilidades de una presencia más importante en los Organismos Profesionales y en el poder local.

El escaso convencimiento con que participa revela una cierta desconfianza en sí misma o al menos un desconocimiento claro de sus bases que la lleva a infravalorarse y a sorprenderse de sus propios éxitos.

En suma, todo parece indicar, a juzgar por el éxito obtenido en las movilizaciones masivas, que U.C.A. dispone de grandes capacidades potenciales y que el tipo de sindicalismo que propone es acogido con una amplia aceptación. El mantenimiento de este reconocimiento dependerá lógicamente de su estrategia futura.

III. LA CONTRA-OFFENSIVA DE LA DERECHA

La crisis del verticalismo culmina en 1977-1978 cuando U.C.A. se afirma como sindicato representativo y como fuerza dirigente para una amplia fracción del campesinado asturiano. No obstante, para asegurar la hegemonía de la gran burguesía española e impedir soluciones de tipo rupturista, la nueva derecha «civilizada» o reformis-

ta no pudiendo pasar sin el apoyo de una parte del pequeño y mediano campesinado, necesita proceder a una restructuración de sus aparatos de encuadramiento desacreditados y en descomposición.

En Asturias la reorganización del dispositivo de hegemonía que constituía la Organización Sindical se organiza en torno a tres polos principales: la Central Lechera Asturiana (C.L.A.S.), el Sindicato Agrario de Asturias (S.A.D.A.) y las Cámaras Agrarias.

3.1. La C.L.A.S.

Recordemos que la Central Lechera Asturiana toma sus raíces en la conclusión de la «guerra de la leche» de 1966, en la cual los altos jefes de la organización sindical verticalista toman nota del potencial contestatario reinante en el campo y de la necesidad imperiosa de prevenir nuevas movilizaciones que pongan en entredicho su representatividad. El presidente de las Hermandades y C.O.S.A. mostraría entonces una gran habilidad en comprender que los acuerdos contraídos al concluir la huelga no eran sino una respuesta provisional y parcial al descontento campesino. La creación de una cooperativa fue percibida como una solución más duradera.

Este proyecto, ideado y patrocinado por el máximo representante del verticalismo agrario asturiano (bien relacionado con la jerarquía franquista) recibe un amplio apoyo estatal y ello a pesar del carácter «anti-capitalista» de la cooperativa que entraría en contradicción con las nuevas orientaciones de la política del gobierno desde los años 60, (influencia del Opus Dei, recomendaciones del F.M.I. y del Banco Mundial en el sentido de promover la libre empresa...). Su creación no se explica sino por el predominio, en aquel momento, de los intereses político-ideológicos sobre los intereses económicos.

La C.L.A.S., presentada por su creador como fruto de las luchas de los campesinos y como única alternativa para ellos de prevenirse contra la arbitrariedad de las empresas capitalistas y monopolistas de recogida de leche, logró

desde sus comienzos en 1970 un amplio reconocimiento entre sus asociados y en el conjunto del campesinado. Es por ello que, aunque su proceso de creación (impulsada desde arriba) y los estatutos que regulan su funcionamiento muestran un carácter esencialmente verticalista, el poder de sus máximos dirigentes no fue realmente puesto en cuestión hasta la transición política. U.C.A. incluso se muestra siempre prudente en sus críticas a este organismo.

Buena prueba del éxito logrado son su crecimiento acelerado y la formidable potencia económica que alcanza en pocos años de ejercicio, (12.000 socios productores, 700 trabajadores, 200 millones de litros de leche anuales recogidos y redistribuidos por toda España, primera empresa lechera de Asturias y tercera del Estado...).

La diversificación de sus actividades económicas (venta de piensos, recogida de la leche, etc...) le permite realizar en buena medida una integración-salarización de los productores. Y en base a este poder económico sobre una fracción muy importante del campesinado se articula una acción ideológica y cultural tanto más eficaz cuanto que se presenta como totalmente apolítica.

A través de la obra social que realiza para las familias de sus socios y trabajadores (actividades recreativas y deportivas, becas de estudio, etc.) y sobre todo a través de la difusión de los 13.000 ejemplares de «El Correo», su órgano de prensa mensual, la C.L.A.S. vehicula una ideología de «modernización» de la agricultura, de necesidad de la concentración de las explotaciones y de productivismo, en la que la desaparición de las explotaciones más pequeñas es hábilmente sugerida y presentada como inevitable. Y ello no se hace en detrimento de una ideología «paseista» basada en la exaltación de los viejos valores y de las virtudes que supuestamente caracterizan al campesinado. El carácter paternalista en que se inscribe esta ideología es tal que la C.L.A.S. es reiteradamente presentada como «una gran familia» a la que se le atribuye una función básicamente unificadora y portadora de seguridad.

Al mismo tiempo la C.L.A.S. se presenta como un órgano de defensa del campesinado y de transmisión de sus

peticiones al gobierno. Se trata aquí para sus dirigentes verticalistas de «cortocircuitar» la acción del movimiento sindical democrático. En efecto, no parece ser coincidencia que la C.L.A.S. lance el primer número de su boletín en mayo de 1978 justamente después de la gran «tractorada» de marzo del mismo año, en un período de gran expansión de U.C.A. Se ha de señalar también que «El Correo» no hace ni una sola mención al movimiento campesino independiente, ni tampoco a las movilizaciones que impulsa, si no es a través de frases indirectas y acusadoras: «lo más fácil es hacer demagogia y lo más difícil es hacer frente a los problemas».

En definitiva la ideología que vehicula la C.L.A.S. («paseista» y tecnocrática a la vez), sus intromisiones en el campo sindical, sus descalificaciones al movimiento campesino democrático y su apoyo decidido al sindicato continuista S.A.D.A., fueron y siguen siendo un instrumento particularmente eficaz para el mantenimiento y la reproducción de la hegemonía de la derecha sobre una parte importante del campesinado (11).

3.2. S.A.D.A. - Exito o fracaso

Si bien la democratización post-franquista no afectó sensiblemente las posiciones de la derecha en la C.L.A.S. a causa de su carácter de organismo económico «apolítico», no sucedió lo mismo con las instituciones de encuadramiento sindical del campesinado. Conscientes de que sus estructuras verticalistas estaban definitivamente condenadas a desaparecer, sus dirigentes intentan, a partir de 1976, salvaguardar la influencia que les queda creando el Sindicato Agrario de Asturias: réplica inmediata a la creación y al éxito conseguido por U.C.A. Se trata también para ellos de estar presentes en las nuevas formas de relación entre el Estado y el campesinado a través de un sindicato reconocido oficialmente como interlocutor del gobierno.

(11) Ver nota 3.

El proyecto de asociación sindical para la creación del S.A.D.A. fue presentado por primera vez en septiembre de 1976 pocos días después de la «declaración pública de U.C.A.», en una reunión de las C.O.S.A. del Norte de España con presencia del presidente de la Hermandad Nacional. El origen verticalista del S.A.D.A. quedaría inequívocamente evidenciado.

En abril de 1977 S.A.D.A. se presenta públicamente como «sindicato profesional», «libre e independiente», «defensor de la familia campesina». También subraya su carácter «apartidista», «anticolectivista», y defensor de la «propiedad privada», para diferenciarse sin ambigüedad de U.C.A. que califica de sindicato «comunista» y «dominado por los curas».

También hace un balance pesimista de la situación del campo asturiano que según S.A.D.A. es imputable a «los gobiernos desde hace cientos de años». Exime así al franquismo de la máxima responsabilidad en base a una postura anti-estatal «campesinista», que intenta recuperar el descontento reinante presentando al campesino como el eterno incomprendido y olvidado por todos los regímenes. También los campesinos son culpables de la crisis del campo por su «falta de espíritu de empresa».

Para «reactivar la economía campesina» propone tres soluciones: —Una «reforma agraria», es decir «concentración parcelaria y desarrollo de las infraestructuras rurales»; —una «política realista de precios justos» decididos «de común acuerdo con las partes interesadas» y «una planificación de los cultivos» para evitar los excedentes; —el desarrollo del cooperativismo «cuya dirección será confiada a los campesinos».

Con este conjunto de medidas se pretende «adaptar» la agricultura asturiana a las condiciones del mercado europeo, es decir a constituir explotaciones rentables y competitivas en base a la concentración y el desarrollo de su tamaño. Coherente con esta lógica S.A.D.A. aprueba inmediatamente el «Estatuto de la Leche» cuya aplicación inmediata llevaría consigo la desaparición de la mayor parte de las explotaciones asturianas, como el mismo gobierno

reconoce. En cuanto a las explotaciones más pequeñas los dirigentes de S.A.D.A. expresan con firmeza y sin ambigüedad su voluntad de hacerlas desaparecer por ser un impedimento para la modernización de aquellas que aspiran a ser competitivas. De hecho en sus cálculos del coste de producción del litro de leche en vistas a las negociaciones de precios con el gobierno este sindicato desestima a las explotaciones inferiores a diez vacas, es decir la inmensa mayoría. Los términos en que U.C.A. expresa sus exigencias de reestructuración son juzgados utópicos y demagógicos, afirmando que no existe otra vía que la experimentada en los países europeos.

S.A.D.A. opta abiertamente por la vía de la modernización capitalista y se apoya principalmente en la fracción del campesinado que accedió o está en vías de acceder a una agricultura «rentable» y competitiva. Por ello sus dirigentes estiman que la entrada de España en la C.E.E. constituye una baza decisiva para acelerar el proceso de concentración y de acumulación iniciada en los años setenta, del que el crecimiento extraordinario de la C.L.A.S. es una prueba incontestable.

Con tal perspectiva, no es extraño que los dirigentes de S.A.D.A. se reclamen partidarios de una estrategia tipo F.N.S.E.A. francesa. También explica que, en busca de una coordinación nacional, este sindicato después de un primer contacto con la Confederación Nacional de Agricultores y Ganaderos, C.N.A.G., dirigida por los grandes propietarios de Extremadura y Andalucía, se integre finalmente en la Unión de Federaciones Agrarias (U.F.A.D.E.), organización promovida por la U.C.D. Esta elección es reveladora de la evolución de las relaciones de fuerza entre las tendencias internas de S.A.D.A.; la vieja guardia verticalista que promueve el sindicato deja paso progresivamente a la derecha «civilizada» más consciente de la necesidad de modernizar el Estado.

Este desplazamiento de S.A.D.A. hacia posiciones moderadas de derechas se acompaña de un cambio sustancial de actitud respecto a U.C.A. que de ser un «desastre para la familia campesina» promoviendo «manifestaciones gra-

tuitas e irresponsables» pasa a ser una «organización hermana, con muy pocas diferencias de estrategia sindical.» En esta perspectiva S.A.D.A. intenta entablar el diálogo con U.C.A., con miras unitarias, «porque el campo español necesita un sindicato potente y único como en Francia y Alemania». La creación ficticia y frustrada de la Federación Agraria de Asturias (F.E.R.A.D.A.) a finales de 1977 responde sin duda a estos objetivos. U.C.A. identifica esta operación como un intento de la derecha para que su sindicato, a falta de implantación real pueda ser reconocido como interlocutor, elemento indispensable «para mostrar que existe», y niega toda receptividad a su estrategia unificadora.

En cuanto a la implantación de S.A.D.A. se constata que sus dirigentes son jóvenes, al frente de explotaciones modernas y competitivas, y son con frecuencia destacados miembros de la dirección de la C.L.A.S. En los primeros comicios electorales nacionales de la transición figuraron en las listas de A.P. y U.C.D.

La adhesión a este sindicato parece limitada a los campesinos que de forma más o menos directa participaron en el sindicato vertical y a los más adictos al régimen franquista. Los municipios donde parece estar mejor representado se distinguen poco, a nivel de las características de las estructuras agrarias y de la respuesta electoral, de aquellos donde U.C.A. está implantada. El principal condicionante de su implantación local se refiere más bien a la presencia o ausencia de alguno de sus dirigentes.

En conclusión, parece prematuro todavía aportar una respuesta definitiva sobre la cuestión del éxito o el fracaso de S.A.D.A. Si nos atenemos a su proyecto de implantación, de organización y de funcionamiento como alternativa sindical de masas en la coyuntura post-franquista, es evidente que se trata de un fracaso total. No cabe duda que los dirigentes verticalistas cuando decidieron lanzar el S.A.D.A. infravaloraron la decrepitud y el descrédito de las estructuras franquista y de sus hombres. Sus primeras aspiraciones a reagrupar al 70% de los campesinos en el «nuevo» sindicato, a la vista de los resultados, parece un

verdadero derroche de optimismo. Sin embargo la poca importancia otorgada a su boletín sindical, de aspecto pobre, mal impreso, de tardía e irregular publicación, parece confirmar la idea de que S.A.D.A. nunca se haya planteado realmente implantarse como sindicato de masas.

No obstante la existencia misma de S.A.D.A. y su reconocimiento oficial como sindicato es en sí un elemento importante. Si actualmente no pasa de ser una estructura vacía, nada indica que en un futuro más o menos lejano no pueda ser en sí mismo o en el marco de una reagrupación con una fracción de U.C.A., una alternativa al sindicalismo progresista, susceptible de acoger a una parte importante del campesinado, habida cuenta de sus posiciones claras en favor de la «modernización» y de la concentración de la agricultura asturiana al estilo clásico.

3.3. La reestructuración de las instituciones estatales: las Cámaras Agrarias

La estructura franquista que fusionaba en un mismo sistema corporatista las C.O.S.A. y las Hermandades no podía ser mantenida en la medida en que estaba oficialmente restablecido el pluralismo sindical. De ahí la creación por decreto de las nuevas Cámaras Agrarias en junio de 1977.

Presentado por las fuerzas de la derecha como asunto absolutamente innegociable en los Pactos de la Moncloa, el proyecto de creación de las C.A. responde sin duda a la exigencia de los dirigentes del aparato verticalista en el sentido de garantizar la continuidad de sus funcionarios y de perpetuar su influencia sobre el campesinado.

En el contexto español de aquellos años, aunque ni sus estatutos jurídicos, ni sus funciones (similares a sus equivalentes en Francia y Alemania) parecían predisponerlas a ello, estos organismos se convierten en un motivo importante de las luchas campesinas. En efecto, mientras la derecha unánime y S.A.D.A. en particular apoyan incondicionalmente su creación, la abrogación de la C.A. se con-

vierte en una de las principales reivindicaciones de U.C.A. Y hay para ello otras razones que las coyunturales ya evocadas. Se trata sobre todo del significado profundo de este tipo de instituciones como instancia de representación «legítima» del campesinado. Para U.C.A. (y para el conjunto del movimiento campesino democrático) las C.A. tienen por objetivo debilitar al movimiento campesino democrático creando una estructura oficial de representación que interfiera en la actividad de los sindicatos. A la luz de la experiencia francesa, por ejemplo, este análisis parece plenamente justificado. En efecto, a través del sistema piramidal de las C.A. local, provincial y nacional sólo podrán elaborarse, expresarse y llegar hasta el poder político aquellas reivindicaciones «calibradas» y neutralizadas. La representación «oficial» del campesinado no puede sino neutralizar la expresión de los intereses específicos de los sectores más progresistas y combativos diluyéndolos en la «opinión del campesino medio» «fabricado» por las mass-media y siempre más o menos de acuerdo con la política estatal.

Por otro lado, todas las funciones de intervención en la «prestación de servicios» (técnicos, económicos, formativos) a la vez que son un elemento más de competencia con los sindicatos (que disponen de menos medios), constituyen una base material esencial de la influencia ideológica en el medio rural. Se trata de institucionalizar sobre bases «apolíticas» la organización del proceso de modernización y de concentración en una óptica capitalista.

En definitiva, tanto desde un punto de vista coyuntural (transición política) como de forma general, las C.A. se inscriben claramente en la reorganización del dispositivo de hegemonía de la derecha en el campo, aunque por su carácter de órgano elegido por los campesinos no se debe ver en las Cámaras Agrarias un instrumento perfectamente apto para los intereses de la derecha.

En Asturias tras las elecciones profesionales la derecha detenta el control de la Cámara Agraria Provincial, pero parece deberlo menos a su influencia real que a las largas vacilaciones de U.C.A. en torno al boicot o la participa-

ción en estos organismos. Así nos encontramos hoy con una Cámara Agraria Provincial que cuenta con el mismo secretario y funcionarios que la C.O.S.A. franquista, con una composición de representantes en que dominan los «independientes» (próximos a la derecha) y con un presidente regional que también lo es de S.A.D.A.. U.C.A. tiene 6 representantes que no siempre actúan «allí dentro» con los criterios del sindicato, votando incluso propuestas categóricamente rechazadas por U.C.A. como el «Estatuto de la Leche» o proyectos que afectan a sus apoyos más firmes (silos contra cooperativas).

La implicación de S.A.D.A. en estas elecciones profesionales muestra que este sindicato valoró de forma realista la importancia que representan las Cámaras Agrarias en tanto que instrumento de influencia y de hegemonía de una organización de este tipo sobre el campesinado.

La presencia mayoritaria de los «independientes» y de S.A.D.A. en las Cámaras, aunque no corresponda exactamente a una relación de fuerzas real, contribuye en gran medida a mantener la influencia de las formaciones pro-gubernamentales y es susceptible de influenciar la evolución de la futura relación de fuerzas en el campo.

CONCLUSION

La formación del movimiento campesino en Asturias se presenta como la expresión de una triple determinación: las transformaciones estructurales de la agricultura regional, la transición política de la dictadura a la democracia parlamentaria y la agudización de la crisis económica mundial a partir de 1975.

La integración brusca de la agricultura asturiana en el mercado capitalista nacional e internacional, con unas estructuras productivas que la sitúan en condiciones claras de inferioridad para competir, crea las bases de una confrontación directa del campesinado con los monopolios de la agro-industria y con el Estado. El movimiento campesino que parte del propio campo y se desarrolla en base a

los grandes temas específicamente agrícolas, adopta una orientación prioritariamente progresista por nacer en oposición al Estado franquista y a sus estructuras de encuadramiento en el campo. Es por ello un componente ineludible de la descomposición del régimen franquista y un elemento importante para comprender la transición política.

Aunque las fuerzas de la derecha no pierden por completo su influencia, el sindicalismo democrático logra imponerse como representante de los intereses campesinos.

Sin embargo en Asturias, como en el conjunto de las regiones que cuentan con estructuras agrarias semejantes, el movimiento campesino «de clase» se ve desde sus inicios confrontado con graves problemas de definición de estrategias a largo plazo; objeto interesante para concluir con una reflexión global sobre su significado en Asturias.

En efecto, la coyuntura de crisis económica en la que nace y se desarrolla U.C.A., cambia de arriba abajo las bases de la cuestión agraria, no pudiendo este sindicato definir sus orientaciones en los términos en que definieron las suyas las organizaciones campesinas europeas en los años sesenta. En el marco de un crecimiento económico elevado la «solución» de los problemas agrícolas (en los reajustes impuestos por su subordinación a las leyes generales del mercado capitalista) se opera de forma «espontánea» por la lógica del «dejar-hacer». El proceso de concentración-eliminación del campesinado se efectúa progresivamente sin encontrar grandes bloqueos económicos. La transferencia de mano de obra de la agricultura hacia los demás sectores se realiza por el juego del mercado y de la competencia sin grandes tensiones sociales, siendo el éxodo vivido con frecuencia como una promoción social. En estas condiciones los sindicatos campesinos pueden inscribir su estrategia y sus orientaciones en esta evolución general. Sus enfrentamientos con el Estado no ponen en cuestión lo esencial de las finalidades del modelo «productivista» de desarrollo de la agricultura.

Pero la crisis económica modifica en profundidad esta situación. La reestructuración industrial y la automatización acelerada de la producción en todos los campos de

la actividad crean grandes excedentes de mano de obra. En este contexto el éxodo rural como regulador «espontáneo» de la concentración-eliminación del campesinado cambia de significado. Ya no se trata de movilidad social sino de expulsión de la producción hacia el paro.

Cuando Asturias cuenta con unos 80.000 parados (el 20% de su población activa) la lógica de la modernización de la agricultura fundada sobre la concentración de las explotaciones y la eliminación del pequeño campesinado (en la óptica de la integración europea y la competencia con agricultores desde tiempo modernizadas) es cada día más contradictorio con las exigencias de la reconversión de la industria minera y siderúrgica. En efecto, en la coyuntura actual una política de apoyo al desarrollo de una agricultura capitalista haría crecer el paro en grandes proporciones contrayendo costes sociales y económicos excesivos. Señalemos que las primeras medidas de aplicación del «estatuto de la leche» preveían la eliminación del 89% de las explotaciones asturianas, aún manteniéndose muy lejos de las condiciones de producción reinantes en la C.E.E. Por ello una nueva opción parece dibujarse: subvención de una masa cada día mayor de parados o subvención de las pequeñas explotaciones. Aún sin salirnos del sistema capitalista el coste de la segunda solución parece incontestablemente menor.

Hoy por hoy (y mientras no se tomen medidas drásticas que expulsen del mercado a una masa de pequeños productores) las diferenciaciones internas al campesinado, modernistas-tradicionales, no se oponen radicalmente y pueden ser interiorizadas por el movimiento sindical en base a la «solución imposible» propuesta por U.C.A.: modernización productivista y mantenimiento del empleo en el campo. Postura en cierto modo innovadora pero no por ello exenta de profundas ambigüedades como ya hemos visto, que permite que modernistas y tradicionales puedan sentirse representados en esta organización sindical. En estas condiciones la estrategia abiertamente capitalista del S.A.D.A., habida cuenta además de su herencia verticalista, no parece por el momento tener futuro como sindicato de masas.

Lo que parece del todo improbable es que, a pesar de la relativa ausencia de grandes antagonismos de clase en el campo asturiano, pueda realizarse la unidad de las dos corrientes sindicales existentes en una gran corporación regional agraria.

Por todo lo que precede, en la nueva situación creada por la crisis económica, el mantenimiento de la pequeña explotación agrícola no aparece como una solución de re-
taguardia, sino que se inscribe en un amplio movimiento social y cultural que se opone cada día de forma más radical al modelo y al significado mismo del crecimiento económico impulsado por el capitalismo y la tecnocracia.

Hoy la crisis energética, la automatización de la producción, los desastres ecológicos motivados por el productivismo industrial y agrícola, la desertificación del campo y la hiper-concentración urbana, crean las condiciones de un replanteamiento global del modelo dominante de desarrollo económico, modelo que se mostró además incapaz de dar una solución a los problemas alimentarios: hambre y sub-alimentación y despilfarros enormes coexisten.

Estos elementos, entre muchos otros, revelados por la crisis principalmente, hacen surgir en un sector minoritario del campesinado Asturiano una duda en cuanto a la necesidad inevitable de la modernización productivista de la agricultura regional, que afecta cada día más a los campesinos integrados en la modernización y en el ciclo el endeudamiento y la productividad.

Cabe también señalar que el mantenimiento de la explotación familiar agraria no tiene necesariamente una connotación conservadora. Situado en la perspectiva de una evolución no productivista de la economía puede adoptar formas nuevas (comunitarias, cooperativas, etc.) que rompan con los vínculos apremiantes del sistema arcaico explotación-familia.

Se ha de añadir que ya se empieza hoy a hacer un balance crítico más completo de los resultados de la modernización productivista en la agricultura europea tanto por

parte de los agricultores como de la tecnocracia que impulsó esta lógica (12).

La cuestión agraria asturiana en su alcance general expresa elementos fundamentales en los que se manifiesta claramente la crisis de una civilización basada en el mito del progreso y el culto del crecimiento económico. El movimiento campesino democrático habida cuenta de la coyuntura en la que nace y se desarrolla, de las posibilidades que tiene de asimilar de forma crítica las experiencias de los movimientos que le precedieron podría tener una influencia innovadora en el campo asturiano.

(12) Referente a posiciones críticas sobre el modelo productivista en la agricultura consultar:

- Club de Roma, 1970, «Les frontières de la croissance». Informe.
- Mendras, H. (1977), «Les méfaits de l'exode rural» (I) «Le système recuperateur», (13 y 14 de septiembre) en «Le Monde» y «La fin des paysans, vingt ans après» 1984, PUF, Paris. (Aquí expresa el autor una clara reorientación de sus concepciones desarrolladas en «La fin des paysans (1970), A. Colin. Paris.
- Mansholt Sicco, (1979) «L'avenir est pour l'agriculture biologique» en *Nature et Progrès* n° 62, mayo-junio. El gran pensador del productivismo agrícola aboga aquí por el mantenimiento de las pequeñas explotaciones agrarias en un giro radical con relación a sus teorías anteriores y dice «Cuando las circunstancias cambian hay que estar dispuestos a cambiar de política pues no tenemos un pacto con la verdad...».

RESUMEN

El proceso de formación y desarrollo de un movimiento campesino en Asturias a partir de la mitad de los años sesenta se presenta como la expresión de una triple determinación: las transformaciones estructurales de la agricultura regional, la transición política de la dictadura a la democracia parlamentaria y el desencadenamiento de la crisis económica a partir de 1975.

La modernización reciente y la especialización rápida en la mono-producción lechera de miles de pequeñas explotaciones unido al sub-equipamiento del campo, crean las condiciones de una confrontación permanente entre el campesinado, los monopolios que dominan el mercado y el Estado.

A comienzos de los años setenta, cuando el aparato franquista de control del campesinado entra en crisis, siendo cada vez más incapaz de canalizar y desviar las luchas campesinas, surgen grupos clandestinos de oposición impulsados por campesinos dentro y fuera del aparato vertical, e «intelectuales» progresistas. Este movimiento unificado y coordinado por las Juventudes Católicas, está en los orígenes de la Unión de Campesinos Asturianos, sindicato progresista que logra desde su creación afirmar su autonomía y su protagonismo como portavoz de las reivindicaciones de los campesinos. Su fuerza reposa esencialmente sobre los campesinos más jóvenes, integrados y modernizados, y por ello más directamente confrontados con la política estatal.

Las fuerzas de la derecha pierden la iniciativa histórica en la coyuntura de la transición, pero logran conservar una amplia influencia apoyándose en tres pilares fundamentales: las Cámaras Agrarias, instituciones corporatistas; el S.A.D.A., sindicato continuista; y la Central Lechera Asturiana, aparato de hegemonía económico-ideología.

Pero el sindicalismo progresista encuentra una gran dificultad para definir una estrategia de defensa de su base sindical. En efecto la crisis económica renueva profundamente las bases fundamentales de la cuestión agraria. El modelo productivista que dominó en la agricultura está hoy puesto en cuestión, principalmente por sus repercusiones sobre el empleo. En estas condiciones el mantenimiento de una agricultura artesanal, no productivista se presenta como una solución válida para el campo asturiano, alternativa que debería integrarse en un proyecto global de otro tipo de sociedad.

RÉSUMÉ

Le processus de formation et de développement d'un mouvement paysan dans les Asturies, depuis le milieu des années soixante se présente comme l'expression d'une triple détermination: les transformations structurelles de l'agriculture régionale, la transition politique de la dictature à la démocratie parlementaire et le déclenchement de la crise économique à partir de 1975.

La modernisation récente et la spécialisation rapide dans la mono-production laitière de milliers de petites exploitations, uní au sous-équipement de la campagne, créent les conditions d'une confrontation permanente entre la paysannerie, les monopoles qui dominent le marché et l'Etat.

Au début des années soixante-dix, lorsque l'appareil franquiste de contrôle de la paysannerie entre en crise et s'avère de plus en plus incapable de canaliser et de

dévoier les luttes paysannes, apparaissent des groupes clandestins d'opposition, sous l'impulsion de paysans se trouvant au sein de l'appareil syndical et hors de celui-ci, et d'«intellectuels» progressistes. Ce mouvement, unifié et coordonné par les Jeunesses Catholiques, est à l'origine de L'Union des Paysans Asturiens, syndicat progressiste qui depuis sa création parvient à affirmer son autonomie et son rôle protagoniste comme porte-parole des revendications des paysans. Sa force repose essentiellement sur les paysans les plus jeunes, intégrés et modernisés et, pour ces raisons, les plus directement confrontés à la politique de l'Etat.

Les forces politiques de la droite perdent l'initiative historique dans la conjoncture de la transition, mais elles parviennent à conserver une large influence en prenant appui sur trois piliers essentiels: les Chambres d'Agriculture, institutions corporatistes; le SADA, syndicat continuiste; et la Centrale Laitière Asturienne, puissant appareil d'hégémonie économique et idéologique.

Mais le syndicalisme progressiste trouve de grandes difficultés à définir une stratégie de défense de sa base syndicale. En effet, la crise économique renouvelle profondément les enjeux fondamentaux de la question agraire. Le modèle productiviste qui a dominé dans l'agriculture est aujourd'hui remis en cause, en raison notamment de ses répercussions sur l'emploi. Dans ces conditions, le maintien d'une agriculture artisanale, non productiviste, apparaît comme une alternative valable pour la campagne asturienne, mais qui devrait s'insérer dans le projet global d'un autre type de société.

SUMMARY

The establishment and development of a farmers' movement in Asturias beginning in the middle of the 60's is regarded to express three deciding conditions: the structural changes in the regional agriculture; the political transition from dictatorship to parliamentary democracy, and the deeper economic crisis of the middle of the 70's.

The recent modernising and fast specialising in dairy production that covers thousands of small farms plus the under-equipment of the agricultural activities, provide the conditions for a permanent clash between farmers, the monopolies that control the market and the State.

Earlier in the 70's, when the system set-up by the Franco regime to control the farmers starts to deteriorate and is increasingly unable to channel and deviate the farmers' claims, opposition underground groups of farmers, both inside and outside the official government control union and progressive «intellectuals», begin to appear. This movement, unified and coordinated by the catholic youth, signals the beginnings of the Unión de Campesinos Asturianos (Asturian Farmers' Union), progressive union that from its inception firmly defends its autonomy and role as a speaker to voice farmers' claims. The younger farmers, integrated and with a far modern outlook, and therefore more directly opposed to the Government policy, are the main strength of this union.

The right-wing groups lose the historical initiative during the transition, but through three basic pillars they are able to remain still quite influential: the Cámaras Agrarias (Corporation-type Institutions); the S.A.D.A., a union in the line of the previous organisation; and the Central Lechera Asturiana, an economic-ideological hegemonic organisation.

But the progressive trade unions are confronted with great problems to define a strategic policy to defend the trade union members. Actually, the economic crisis deeply impacts the basic tenets of the agrarian problem. The production model that prevailed in agriculture is under question mainly due to the effects on employment. Under these conditions, to hold a craft-type agriculture, not based in production, is regarded as the only valid approach for the Asturian countryside. An alternative that should be part of an overall design to establish a different type of society.

